

EL COLIBRÍ

Daniel Prieto Castillo

Diciembre 2007

Sentí por primera vez la muerte a los cinco años. Estábamos en el fondo de casa con Tito, mi hermano mayor, y un amigo suyo, Julio, macizo, colorado, puro impulso, que hablaba a las carcajadas y movía las manos como molinetes. Yo miraba desde abajo, pero no a ellos. Tenía los ojos amarrados a la magia de un colibrí. Julio me miró y siguió mi mirada. Vi sus dedos buscar la tierra y recoger una bolita de vidrio con la que yo había estado jugando, sacar del bolsillo de la camisa una honda, cargarla, tensar los elásticos y disparar. La bolita centelleó en el cielo, la tuve en mis pupilas nítida hasta que se hundió en el azul del pecho. Julio saltaba borracho de alegría, sus carcajadas rebotaban contra las paredes, llegaban a la calle, herían mis oídos. El colibrí abrió las alas, crucificado en el cielo y cayó, arcoiris desgarrado por un rayo. Julio lo barajó en el aire. Recuerdo para siempre sus manazas como garras tirando de las alas en toda su pobrecita extensión, la sangre pintando las plumas azules, la cabeza sin vida cayendo en cualquier dirección.

Desde entonces los colibríes me llenan de tristeza y un dolor me remuerde el pecho. Si yo no hubiera mirado, Julio no lo hubiera visto.

Así fue hasta ayer.

El gato de casa es negro, de negrura absoluta. Sólo rompen tanta sombra unos tremendos ojos verdes. Manso como un amanecer sin nubes, de vez en cuando recuerda su pasado de pantera y nos trae de ofrenda un pájaro. De vez en cuando, aunque cualquier aleteo, cualquier trino, lo pone en guardia. Ayer saltó de la cocina, relámpago negro, y se perdió en el patio. Seguí escribiendo, “este miti” dije. Fue cuando me llegó un maullido grave, gutural, nacido desde demasiado adentro. Corrí y encontré al miti en la lavandería pegando saltos imposibles para llegar con sus uñas en ristre a un enorme colibrí que chocaba como ciego contra la ventana sin atinar a la salida.

He dicho que mi gato es manso. Lo levanté y se dejó llevar a la cocina. Cuando volví, el colibrí se estrellaba sin tregua contra los vidrios. Pensé en echarle agua pero algo me hizo elegir el escobillón. Lo levanté al revés, con las pajas hacia arriba, y fui acercándolo suave mientras cantaba una a infinita, como en un arrullo. Él dejó de aletear y se paró sobre el escobillón. Pude mirarle el pecho azul, el arcoiris vivo de las alas, la cabecita erguida y los ojos abiertos como lunas espantadas. Caminé hacia la puerta sin dejar de arrullarlo, como quien acuna a un ángel. Se dejó llevar, pero cuando estábamos al borde del dintel volvió a su vuelo desesperado y a sus golpes de espanto contra los vidrios. No cesé nunca mi canto. Alcé otra vez el escobillón y retomamos el camino. Cinco veces así. A las sexta bajé suave el brazo y empujé el palo con fuerza hacia la salida. Alcancé a ver sus alas pintando la tarde, su pecho de cara al cielo, azul con azul, mientras se cerraba la llaga de mi alma y las carcajadas de Julio dejaban de aturdirme; mientras el niño aquél, tan presente en mí, volvía a mirar con alegría a todos los colibríes del universo.